

La servidumbre voluntaria y las redes sociales

Cristina Ambrosini
cambrosini@gmail.com

Tiranía informática

La navegación por Internet, en los últimos años, es objeto de estudio. Actualmente, asistimos a una resignificación de conceptos claves para repensar el tipo de vínculo social que propician las nuevas tecnologías cuando provocan alteraciones y cambios de hábitos todavía no terminados de evaluar. Las relaciones sociales, los vínculos comunitarios, son interpelados cuando resultan desmentidas sus formas canónicas, lo que convoca a la revisión de la figura del otro.

Con un impacto que quizás no imaginaron los inventores de Internet, primeramente diseñada para usos militares, el navegar por la web, entrar y salir de los mails, las redes sociales y los distintos sitios, ha dado lugar a una actividad considerada “lúdica” ya que los caracteres del juego, cargados de provisoriedad, de “como sí”, impregnan esta nueva realidad. Lo que antes quedaba reservado para la magia o la alucinación, ahora se patentiza a través de los estímulos de la pantalla. Aunque tenemos los recursos para discriminar ficción de realidad, el brillo de la pantalla, su organización, su completitud, nos atrapa, nos *metemos* en ella para participar de una realidad virtual que esperamos nos diga quién es el otro y qué somos para él, nos indica la psicoanalista especializada en estos temas Diana Saho-valet de Litvinoff (2009).

Para revisar las distintas aristas de este nuevo fenómeno de socialización que propician las novedosas y aceleradamente cambiantes tecnologías de las redes sociales repasaremos el aporte de Robin Dunbar a este tema, luego, el aporte de la sociología y del psicoanálisis antes de revisar una tendencia propia de los seres humanos a la no libertad, es decir, a la inclinación o tendencia a formas de servidumbre o sometimiento a la tiranía, tal como la caracterizó ya en el siglo XVI el pensador francés, prematuramente muerto a la edad de 33 años, Étienne de la Boétie, bajo la figura de la “servidumbre voluntaria”. Luego de esto esperamos valorar el uso de las redes sociales para decidir si podemos verlas como lugares donde podríamos encontrar nuevas formas de realización humana, de expresión de la libertad, de juego, o como novedosas formas de sometimiento y de servidumbre voluntaria.

Algunas cifras y el número de Dunbar

Antes de revisar estas ideas repasemos la magnitud del fenómeno según un artículo de Leonardo Torresi, publicado recientemente en la Revista VIVA (19/7/2015), en Argentina, los usuarios de la web comprenden al 66% de la población (29 millones de personas). Entre ellos, los que entran al menos una vez al mes a Facebook suman 25 millones de personas y entre ellos el 71% entra todos los días. Dentro de esta cifra millonaria de usuarios, el 76% acceden a ella desde el

celular que ha llegado a constituirse en un fabuloso aparato “contrafóbico”, es decir, un objeto acompañante cuya compañía o contacto calma la angustia de las personas. (Schvartzman, 2014, 38) Según cifras oficiales de 2014, los usuarios de Twitter están en los 4,7 millones de usuarios. Instagram, una red idónea para compartir fotos, tiene 300 millones de usuarios en todo el mundo. En estos entornos el éxito social se mide en la cantidad de “contactos”. En algunos casos puede ascender a varios miles y no se identifican por ser “amigos” en el exigente sentido griego de la *philia*. Aparece la tentación de mostrar aquello que siempre estuvo reservado al plano de lo íntimo, la vida se expone como en un “reality” a la mirada curiosa de los otros. Lo que antes quedaba reservado para los famosos, ahora es posible para todos, exhibirnos en un show donde es posible mirarse en la mirada de los otros, en sus opiniones y comentarios.

Lo que parece concurrir en el uso de las redes sociales es una combinación de exhibicionismo con voyeurismo para producir un producto más de consumo. La temática del voyeur no es una novedad. Schvartzman cita el caso de la película “*La ventana indiscreta*” de Alfred Hitchcock.

Desde el campo de la psicología evolutiva, Robin Dunbar (2007) en sus estudios acerca de la evolución de la conducta específicamente humana, señala una relación entre la mayor capacidad cerebral para interactuar con otros individuos de la misma especie, en los humanos, respecto a los animales y de allí la necesidad de recurrir a otros recursos para comunicarse. Los chimpancés viven en comunidades que aproximadamente cuentan con 55 individuos y sus modos de socialización y comunicación parecen estar relacionados con el “acicalamiento”. Con el término “acicalamiento”: (*grooming*) Dunbar se refiere a las caricias y desparasitación manual de los monos. Cuanto más grande es el grupo de simios, más tiempo pasan acicalándose. Los monos pasan un 20% de su tiempo en esta tarea. Para este autor, el número de individuos con los cuales podemos interactuar está relacionado con el tamaño del neocortex ya que señala una correlación entre el volumen del neocortex y la dimensión del grupo social entre los primates, dada la necesidad de contar con un cerebro más grande cuanto más compleja es la vida social. En el caso de los humanos, el cerebro pesa alrededor de 1,200 kg frente a los 400 gramos del cerebro de un chimpancé. Para el caso de los humanos, Robin Dunbar estableció la cifra de 150 personas, aproximadamente. Esta sería la cantidad de personas con las cuales alguien puede interactuar personalmente de modo significativo, más allá de las relaciones esporádicas o casuales. Estos números son superados ampliamente en el uso de redes sociales, donde hay personas que tienen en Facebook, Twitter o Instagram varios miles de contactos activos, lo que representa un verdadero desafío a la capacidad cognitiva para gerenciar estas relaciones.

Los biólogos evolutivos nos advierten que la evolución no produce máquinas perfectas sino cambios adaptativos sobre lo que ya existe, si surge la necesidad.

Puede ser que esta ampliación de la cantidad de amigos y conocidos represente un desafío para el gerenciamiento de tanta información en nuestro cerebro y provoque un cambio en la especie o será una moda más que pasará como tantos otros usos sociales.

El sujeto escondido en la virtualidad

A tono con los grandes cambios sociales –políticos, económicos, tecnológicos– el amor y la amistad aparecen bajo distintas configuraciones en la cultura occidental y permiten vislumbrar las características de cada época. Las conexiones virtuales pueden ser la oportunidad de recuperar el erotismo y vivificar el lazo social o como, en un tono pesimista lo concibe Bauman, para presentarse como un objeto de consumo más. En *Amor líquido* Bauman afirma que las “relaciones virtuales” (conexiones), establecen el patrón de medida, el modelo del resto de las relaciones: cuando la calidad no da sostén, el remedio es la cantidad y como un patinador sobre el fino hielo, la velocidad es el remedio, seguir en movimiento es un logro y un deber agotador. Al igual que otros productos comerciales, la relación es para consumo inmediato, no requiere una preparación adicional ni prolongada. Primordial y fundamentalmente, es descartable. Si resultan defectuosos o no son “plenamente satisfactorios”, los productos pueden cambiarse por otros, que se suponen más satisfactorios, aun cuando no se haya ofrecido un servicio de posventa y la transacción no haya incluido la garantía de devolución del dinero. Pero aun en el caso de que el producto cumpla con lo prometido, ningún producto es de uso extendido: después de todo, autos, computadoras o teléfonos celulares perfectamente usables y que funcionan relativamente bien van a engrosar la pila de desechos con pocos o ningún escrúpulo en el momento en que sus *versiones nuevas y mejoradas* aparecen en el mercado.

El ciberespacio se ha convertido en un lugar privilegiado para todo tipo de encuentros. La urgencia por conectarse y la fascinación que provoca tienen su razón, según Sahoaler de Litvinoff (2009): generan erotismo por lo que en el campo del Psicoanálisis el tema también es motivo de reflexión. –El parágrafo “Adicciones: conexión y desconexión”, la autora explora esta posibilidad donde el “hambre de estímulos” no termina de satisfacerse aunque todo el tiempo estemos pendientes de lo que nos dicen las pantallas y la sobre estimulación es, también, un modo de tapar los conflictos. La nota característica de la adicción se presenta cuando la falta de conexión virtual genera un desborde de angustia, un sentimiento de falta de sentido, un vacío de significación imposible de sustituir, un “síndrome de abstinencia”. (Schvartzman, 2014, p.42)

La necesidad de otro que esté cerca nos estructura, nos hace personas, al punto en que el aislamiento produce enfermedades (Schvartzman, 2014, p.38). Para este autor hay dos sentimientos básicos que estructuran el psiquismo: el sentimiento de soledad y la necesidad de ser amado. Esto no está ausente en el uso de la tecnología, por el contrario, como fenómenos de masas, es una lente de aumento y solamente se tramita de otra manera. No es posible desconectarse sin correr el riesgo de que se “caiga el sistema” y con él la estructura *fantasmática* en la que se busca sostén, y que provoca progresivamente la pérdida de la distancia entre lo virtual y lo real, llevando paradójicamente a desconectarse, perder el tiempo y el espacio creativo (Sahoaler de Litvinoff, 2009, p. 42). La distancia tranquiliza y habilita a crecer en las sombras donde no confronta con la “castración” de la realidad. “La conexión a distancia puede significar el vencimiento de un obstáculo, un juego enriquecedor o una versión de la respuesta fóbica que anuda el deseo a su

prevención. A pesar de la imposibilidad de capturar a un ser evanescente, que se desliza, que aparece y desaparece, se espera que el otro transforme la dimensión silenciosa del inconsciente y lo haga hablar.

Frente a tantas posibilidades de subversión y de exploración de nuevas experiencias, la psicoanalista nos recuerda que:

[...] nadie debería prohibirnos el máximo de placer posible, y paradójicamente, solemos hallarlo no solo cuando nos animamos a romper con inhibiciones o moralinas, sino cuando aceptamos restricciones que tienen que ver con una protección y una aceptación de lo que para cada cual sería un exceso. Los goces imaginados como plenos muchas veces tienen más de compulsión que de placer. (Sahovaler de Litvinoff, 2009, p. 179)

Tomando distancia de tesis tecnofóbicas o tecnofílicas, la autora coloca al tema en su justa medida cuando reconoce que los medios tecnológicos son instrumentos de comunicación, aprendizaje o entretenimiento. El problema aparece cuando se convierten en la manera de tapar los conflictos, la computadora no es manejada por nosotros sino que ella nos maneja, cuando se convierte en una caja que “*chupa*” la vitalidad del adicto al punto de robarle su identidad, que lo aísla de su entorno social y diluye la frontera entre lo virtual y lo real.

El deseo de servir

Luego de convocar a la neurociencia, a la sociología y al psicoanálisis podemos, sin demasiado esfuerzo, advertir que, en muchos casos, los *usuarios* en realidad son *consumidores*. El tiempo utilizado no es un correlato digno del tiempo *ocioso*, es decir, más allá de toda utilidad social o económica, un tiempo privilegiado, liberado de las constricciones y coacciones de las normas sociales, como lo pensó Aristóteles. Por el contrario, parece ser un *ocio no creativo* (Schvartzman 2014 p. 40), un tiempo mercantilizado y dominado por el sometimiento, en principio, a las condiciones de las Empresas que nos brindan los servicios que, al modo de un tirano, nos imponen las condiciones de accesibilidad a riesgo de *quedar desconectados* lo que equivaldría a la muerte virtual.

Desde la época de Platón y Aristóteles, el discurso sobre la libertad se escribe sobre la contrafigura de la esclavitud. En la primera Modernidad, en Europa, ya no había esclavos al modo griego o romano, pero sí había siervos. En el marco de la ruptura con la concepción teocrática del poder, la servidumbre indicará una relación degradante en aquellos autores que en la primera Modernidad recuperan las ideas griegas y romanas acerca de un orden político no tiránico ni dominado por el poder religioso. Así vemos, en Francia, el fuerte impacto político que tuvo un panfleto de circulación anónima, luego conocido bajo el nombre o el pseudónimo de Etienne de La Boétie: *El discurso sobre la servidumbre voluntaria*.

La Boétie escribe un discurso que luego de su muerte se transformará en panfleto político inspirador del republicanismo revolucionario, *La servidumbre volun-*

taria, que fue interpretado como un llamado a la rebelión de los campesinos contra la tiranía.

Jacques Derrida, en *Políticas de la amistad*, en una tarea de inspiración nietzscheana, revisa la versión canónica de la amistad. En este planteo, alude a Michel de Montaigne en la presentación que este hace de Etienne de la Boétie en LI cap. XXVII “De la amistad”. En este capítulo de los *Ensayos* Montaigne recuerda que su amigo era tres años mayor, que se conocieron cuando el primero ya era una figura exitosa en 1557 y la relación entre ambos duró unos 5 años hasta que a los 33 años fallece por disentería. La Boétie escribe un discurso que luego de su muerte se transformará en panfleto político inspirador del republicanismo revolucionario, *La servidumbre voluntaria*, que fue interpretado como un llamado a la rebelión de los campesinos contra la tiranía. En 1571 Montaigne publica en París toda la obra de La Boétie menos el *Discurso sobre La servidumbre voluntaria*. Reserva la principal obra de su amigo para un lugar central en una obra que sería el fruto de su retiro. Para su frustración, los calvinistas la publican en 1574 en una edición pirata, sin título y en 1576 la publican completa con el título *Contra uno*. La primera edición de los ensayos en 1580 no menciona esta obra. ¿Montaigne es el primer censor de la obra de su amigo o la reserva para preservarla, para sustraerla a las lecturas interesadas en enarbolar el nombre de “*la libertad*” para imponer una nueva opresión? Al modo de Aristóteles en *Ética a Nicómaco*, Montaigne compara esta amistad perfecta que lo unió a su amigo con otras instituciones civiles. Descarta que tal vínculo resista el matrimonio al que ve como un negocio donde solamente es libre la entrada, pero obligatoria la permanencia, lo que lo hace inepto para el sostenimiento de la amistad. Descarta la pederastía como una licencia griega ya inaceptable y al referirse a las amistades por interés o por conveniencia social recuerda la frase que adjudica a Aristóteles

“*Oh, amigos míos, no hay amigo*” (Montaigne, 2010, p. 179)

Esta expresión, en el contexto del capítulo “Sobre la amistad” en los *Ensayos* parece dicha respecto a estos amigos superficiales del trato social porque sí hay un amigo, para Montaigne, una presencia internalizada luego de su desaparición física. A diferencia de las amistades blandas y superficiales, esta amistad perfecta es indivisible: cada uno se entrega tan totalmente al otro que nada le queda para repartir a otros, y a la inversa, se siente desdichado por no tener más almas, varias voluntades más para dedicarlas todas al amigo. Las amistades vulgares se pueden repartir, se pueden dividir, pero no esta otra amistad que rige con soberanía. Para Marilena Chauí, el *Discurso* contrapone el deseo de servir a la amistad bajo la convicción de que no servir es siempre posible. Paradojalmente, el deseo de servir también es siempre una posibilidad (Chauí, 2010, p. 82).

Para concluir, a favor de las redes sociales

Como ya nos advirtió Etienne de la Boetie en el siglo XVI, los actos de servidumbre van acompañados de un cierto “encantamiento”. En la época de La Boétie los tiranos recurrían a los burdeles, las fiestas religiosas, distintos distracti-

vos y dormitivos, capaces de provocar efectos hipnóticos, para fomentar actos voluntarios de sumisión. Hoy en día los medios son otros, pero los resultados parecen ser los mismos. Su correlato actual puede ubicarse en el uso masivo de las nuevas tecnologías de comunicación con sus promesas de hiperconexión y completitud. A juzgar por la conducta de muchos usuarios, estos parecen sumidos en actos de servidumbre, de sometimiento y de dependencia. De hecho todos estamos sometidos a las reglas de las Empresas comerciales que controlan estas redes donde la posibilidad de reclamos o de intervención frente a una lógica de mercado parece ilusoria. A pesar de ello y siguiendo a La Boétie, podemos afirmar que la servidumbre no es un destino ineludible. Reconocer la “servidumbre” como algo insuperable, como una naturaleza imposible de “desencantar” y resistir, es equivalente al abandono de la ética y la política. En consonancia con esta idea, ya presente en La Boétie, Sahovaler de Litvinoff nos recuerda que las conexiones virtuales pueden ser la oportunidad de recuperar el erotismo y vivificar el lazo social. En este sentido, Internet también puede ser vista como una gran fiesta. Entre los medios que cada sociedad utiliza para reinstalar la movilidad, para suspender momentáneamente el esfuerzo constante de las instituciones para fijar nuestros modos de vida, para crear costumbres, está la fiesta. Lo festivo que irrumpe esporádicamente, reaparece cada tanto como una válvula de escape, por un rato, más que para destruir el orden imperante, para aflojar la tensión, para renovar las fuerzas de cohesión, para hacer legal el exceso, por un rato. Internet también es visto como un *Spielraum*, como un espacio de juego. La actividad de jugar, experiencia siempre creadora, convoca la presencia de un compañero de juego, de un “nosotros”, de una comunidad, y debe su precariedad a que se desarrolla en el límite entre la fantasía y la realidad. En el territorio común con los animales y los niños, jugando, la cultura despliega sus mejores posibilidades humanas. Internet es una oportunidad más para jugar, es decir, participar de una comunidad, para dialogar, para construir nuestra morada, nuestro *ethos*.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmunt, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005
- Chauí Marilena, *Amistad: rehusarse a servir* en Étienne de La Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010
- Derrida, Jacques, *Políticas de la amistad*, Madrid, Trotta, 1998
- Dunbar, Robin, *La odisea de la humanidad. Una nueva historia de la evolución del hombre*, Barcelona, Critica, 2007
- Montaigne, Michel de, *Ensayos*, Buenos Aires, Losada, 2010
- Sahovaler de Litvinoff, Diana *El sujeto escondido en la realidad virtual. De la represión del deseo a la pornografía del goce*. Buenos Aires, Letra Viva, 2009.
- Schvartzman, Jorge *Tenemos Internet Dios no ha muerto: nuevas tecnologías desde la mirada de un psicoanalista*, Buenos Aires, Psicolibro ediciones, 2014